
COPIA DEL NATURAL.

—:o:—

DON Jacinto Roque Bobadilla era un ciudadano originario del Perú, que al comenzar la guerra entre aquella República y Chile, abandonó sus patrios lares emigrando á San Francisco California en busca de paz y de trabajo.

Agradáronle sobremuera el gran movimiento y la actividad casi febril que notó desde luego en los habitantes del floreciente y rico puerto. Encontraba allí anchísimo campo para desarrollar con fruto las ideas de prosperidad que hacía tiempo bullían en su cerebro: solo una cosa le contrariaba, y era que no podía acomodarse á las costumbres yankees.

Tipo acabado de la llamada raza latina, educado á la antigua usanza española, no podía ver sin profundo disgusto que los ilustrados hijos de Washington y de Guillermo Penn le metieran el pié dentro de su plato



cuando comía, y que cuando se lanzaban como caballos desbocados por las calles de la ciudad, en persecución de algunos centenares de dollars, le aplicaran furiosos empujones, capaces de hacerle ver las estrellas á las doce del día.

En tal situación de ánimo, llegó á sus manos el discurso que el Presidente de los Estados Unidos Mexicanos acababa de leer ante el Congreso de la Unión. Vió allí que el Jefe de la Nación se congratulaba por los inmensos adelantos que durante su administración había alcanzado el país. Millares de kilómetros de vías férreas en explotación y mayor número aún en no lejana perspectiva; caminos carreteros abiertos por senderos hasta entonces intransitables; gran cantidad de alambres telegráficos, que cual inmensa red se extendían por toda la República, haciendo comunicarse entre sí los pueblos más remotos; la paz interior y exterior amparando con sus benéficas alas el desarrollo de nuestra portentosa riqueza. Estas y otras halagüeñas noticias que D. Jacinto Roque no podía poner en duda por proceder de labios tan autorizados; los no menos halagüeños comentarios hechos por el Sr. Balandrano en el "Diario Oficial," y por otros periódicos que pintaban el país en un estado de prosperidad avanzadísimo; y la circunstancia que ya hemos indicado, de no mirar con buenos ojos las para él grotescas costumbres de los yankees, lo determinaron á dirigirse á la República de México, donde esperaba, dado su estado de progreso,

progresar á su vez, llevando sus negocios á buen término.

Al efecto tomó pasaje en el primer buque que debía llegar á Mazatlán, y después de seis días de feliz navegación, desembarcó en este último puerto.

El Sr. Bobadilla poseía extensos conocimientos en el comercio, al que se había dedicado durante largos años, pero amante también de la agricultura, y habiendo oído hablar de la fertilidad de nuestros terrenos, en especial de los de la costa, juzgó oportuno á sus intereses establecerse en uno de los pueblos de aquella, lo que hizo sin pérdida de tiempo.

D. Jacinto llevaba á aquel pueblo un regular capital para establecerse y lo animaban ideas de adelanto que pensaba implantar allí, beneficiándose y beneficiando á los demás.

Dotado de grande actividad y habiéndose convencido del "time is money" de los yankees, arrendó desde luego un rancho situado en la orilla del pueblo y estableció un comercio para fomentar el rancho.

El aspecto general del pueblo no había producido en Bobadilla la mejor impresión. Casuchas en vía de ruina por todas partes; calles mal empedradas y obstruidas á cada paso por la hierba que crecía allí como en su casa; montones de basura que al menor viento que soplaba, se alzaban en densísimas nubes sofocando á los transeuntes; bandadas de cerdos que se solazaban en los inmundos charcos de las calles; grupos de perros que se disputaban á porfía los huesos

que en el abasto les arrojaban, ó gruñían y ladraban furiosamente á los desconocidos.

En cuanto á los habitantes, vestidos con el tradicional calzón de manta, la ancha camisa de lo mismo con las faldas por fuera para servirse de ellas como un ventilador en los horas de calor excesivo; el “guarache” que les permitía lucir al aire el nada limpio pié, y el sombrero de “petate,” que como una inmensa rodela los cubría; veíaseles formando grupos en las esquinas, jugando á la “rayuela” en las banquetas, tendidos boca arriba bajo los árboles ó sentados en las puertas de sus casas, con la megilla descansando en la palma de la mano y en una inmovilidad extrema, muy semejante á la de los fatalistas musulmanes.

Aquella quietud era precisamente todo lo contrario de lo que el Sr. Bobadilla había visto en los pueblos de los Estados Unidos del Norte, por donde acababa de pasar; pero precisamente esa vida de continua holganza era una prueba palpable de las riquezas de aquellas comarcas. Sin duda, cuando aquellas gentes no trabajaban, debían tener abundantes recursos, ó como decía Cervantes, recordando los siglos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados: “á nadie le era necesario, para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano para alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto.”

La sencillez y hasta la “ordinariedad” de sus vestidos que muy poco se diferenciaban del que Adán llevó en

el Paraíso, no abogaban en pró de la supradicha riqueza; pero esto podía ser debido á un poquito de falta de cultura, ó más bien, á las condiciones del clima.

Por lo que toca al estado de “aparente” ruina de las casas, de la suciedad y abandono de las calles, y de la “aparente” miseria de muchos de los vecinos que ya empezaban á asediar á D. Jacinto Roque, pidiéndole unos caridad y los otros trabajo en las labores del campo, previo un adelanto en dinero y efectos; esto que, en resúmen, no era, no podía ser más que “aparente,” tenía fácil explicación.

Era necesario no olvidar que el país acababa de pasar por prolongadas revoluciones y no salía aún del marasmo en que la guerra lo dejara: que México era una nación joven, que á semejanza de los chiquillos enfermizos y mal nutridos, comenzaba á andar, mas no sin dar algunas caídas y traspies: que, en fin, sería mucho pedir que se hiciera todo en un día.

Por otra parte, esta situación (ya lo hemos dicho) no podía ser más que “aparente,” lo decían así, el mensaje presidencial, los periódicos que sostenía el gobierno y la pública voz y fama, que traspasando con los ecos de su clarín los anchurosos mares, llevaba á remotos pueblos la noticia de que éramos riquísimos, que avanzábamos, progresábamos y prosperábamos.

D. Jacinto Roque pensaba todo esto, y persuadido de que este estado “aparente” de las cosas tenía por fuerza que cambiar, se entregaba á cálculos risueños para el porvenir.

Fomentaban este modo de ver, los vecinos del pueblo que desde que llegó no cesaban de decirle en todos los tonos: que se adivinaba que era un profundo conocedor de los recursos de los pueblos, puesto que había elegido aquel para establecerse: que ellos no conocían otro, ni habían oído hablar de ninguno que tuviera tantos elementos como el suyo: que el aire, la luz, el agua, los frutos, el carácter de las gentes, etc., etc., eran absolutamente distintos á los de otras partes y que no creían que pudiera haberlos mejores: que la fertilidad de sus tierras no tenía igual en muchas leguas á la redonda: que esto podía juzgarse nada más por el hecho de que aunque allí no tenían más que un pequeño arroyo que casi todo el año permanecía seco, las plantas crecían y se desarrollaban: que si bien algunos años el maíz, el algodón y la caña de azúcar se perdían por falta de lluvias, esto era cosa natural y que pasaba en todas partes: que si hacía un calor sofocante y un sol abrazador, también se sudaba allí mucho, lo que es muy bueno para la salud: en fin, que si sus campos estaban plagados de bichos, reptiles y alimañas de todos géneros, clases y familias, y el aire literalmente henchido de mosquitos que con sus lancetazos y zumbidos no dejaban á uno ni á sol ni á sombra, esto venía precisamente á probar lo que afirmaban: tierra que produce y mantiene tantos seres, no puede menos de ser exuberante y fecunda.

Cuando el Sr. Bobadilla llegó al pueblo, lo encon-

tró dividido en dos bandos opuestos. Si esto no hubiera sucedido aquel habría sido un pueblo fenomenal.

Encabezaban estos bandos las dos principales familias que allí había y cuyos jefes eran, respectivamente, D. Romualdo Miravete y D. Pudenciano Pasalagua. Estos dos sujetos eran los capitalistas de la población y de años atrás se hacían crudísima guerra, motivada primero por la competencia en los negocios y mantenida después por los chismes y las más tontas querellas.

Como ellos se odiaban personalmente, los afiliados á un bando odiaban también al otro, de lo que resultaba que jamás se reunían en bailes ó paseos, y cuando por casualidad sucedía esto, no era raro que concluyeran por pegarse duro y macizo.

Está por demás decir que Pasalagua y Miravete ejercían sobre el pueblo un poder omnímodo: eran una especie de señores feudales cuyos delitos quedaban siempre impunes y que se imponían sobre todo y sobre todos.

Cuando algún viajero acertaba á pasar por aquel pueblo y permanecía allí uno ó más días, inmediatamente se le acercaba algún vecino que le preguntaba:

—¿Ya visitó vd. al Sr. D. Pudenciano Pasalagua?

—No conozco á ese señor,—respondía el interrogado.

—¡Cómo!—añadía el primero con profundo asombro,—¿no conoce vd. al Sr. D. Pudenciano!

O bien, el viajero recibía este recado:

—Que dice el Sr. D. Romualdo Miravete que vaya vd. á su casa.

—¿Quién es el Sr. Miravete?

—El dueño de la “tienda grande,” el más rico del pueblo.

—Pues diga vd. al Sr. Miravete, que si alguna cosa se le ofrece, en esta su casa me tiene á sus órdenes.

—Oiga vd.,—le decían como dándole un consejo mistoso—sería mejor que vd. fuera el llamado del Sr. Miravete, es muy violento de genio y no conviene disgustarlo.

Es inútil contar que Pasalagua y Miravete empuñan allí, constantemente, la vara de la justicia, pasando ésta de manos de D. Romualdo á las de D. Pudenciano y de las de D. Pudenciano á las de D. Romualdo, según que uno ú otro de los partidos aumentaba en poder ó hacía mayor número de fraudes ó chicanas en las elecciones.

Cuando Miravete gobernaba, plantaba algunos arbolillos en la plaza, que Pasalagua hacía derribar, por estorbar la vista, cuando le llegaba su turno de gobierno.

D. Jacinto Roque no dejó de observar todo esto; pero ocupado enteramente en sus negocios, juzgó que no tomando participio en ajenas querellas y tratando á todos con la finura y educación que él tenía, viviría sin duda tranquilo y no dejaría de ir adelante. Pero el equilibrio no era posible: O el Sr. Bobadilla se afiliaba en alguno de los dos bandos ó dejaba de vivir en el pueblo; no había otra disyuntiva. Porque cuando por negocio ó cortesía D. Jacinto Roque visitaba á D. Romualdo, los partidarios de D. Pudenciano que lo veían

salir de aquella casa murmuraban: “ya Bobadilla se le anda metiendo á Miravete; ¡quién sabe que plan traigan!..... que no se descuide!”

O bien cuando lo veían acompañado de D. Pudenciano decían: “que amigote se ha hecho el peruano del viejo Pasalagna; eso le va á dar muy mal resultado; no sabe que pisa sobre brasas.”

Por su parte Miravete y Pasalagua veían con malos ojos al Sr. Bobadilla. Aunque éste por su carácter caballeroso y comedido no había dado margen á que los dos caciques del pueblo le declarasen abierta guerra, se la hacían sin embargo, encubierta y desleal, celosos de aquella tercera entidad que se les presentaba, y disgustados porque D. Jacinto rechazaba con energía á la vez que con fina política, la superioridad que aquellos dos hombres le querían imponer y las humillaciones porque lo querían hacer pasar algunas veces.

Además de estas dos personalidades, las más prominentes y visibles de la población, había otras dos que eran como las satélites de los primeras; estas eran el cura y el maestro de escuela.

El cura había nacido en el mismo pueblo, de donde salió protegido por otro cura que hubo allí muchos años antes y á quien sirvió en calidad de acólito; salió, decimos, á recibir su educación escolástica en uno de los seminarios que el clero tenía esparcidos por toda la República. D. Doroteo, que así se llamaba el cura, dió desde el principio de sus estudios muy pocas muestras de inteligencia. Medio aprendió, con esfuerzos inaudi-

tos, algo del Nebrija con lo que logró maltratar algunas palabras del latín; masticó algunas otras materias, sin poderlas jamás digerir; le dió una pasada al Lárraga y como lo que importaba al clero era aumentar el número de sus adeptos, quedó autorizado después de algunos años de estudio en que nada le enseñaron puesto que quedó tan supinamente ignorante como antes; quedó autorizado decimos, para vestir la sotana y decir misa. En seguida, valiéndose de algunos influjos, consiguió el curato de su pueblo natal llegando con esto al colmo de sus aspiraciones.

El maestro de escuela era un teniente del ejército dado de baja por su mala conducta y que, careciendo de otra industria ú oficio para vivir, adoptó la profesión de preceptor que empezó á ejercer en aquel pueblo donde por su sempiterna charla y obediencia servil á los caprichos de Miravete, que por entonces era el representante de la autoridad, cayó en gracia de éste obteniendo fácilmente el empleo.

Los conocimientos pedagógicos del teniente Mondragón (tal era su apellido) se reducían á los que pudo adquirir en seis meses que estuvo en la escuela de primeras letras descontando los días (que eran muchos) en que hacía “la pinta.”

Después completó su educación en los cuarteles, donde adquirió la bravura que da á unos el uniforme en tiempo de paz y el menoscabo de dignidad y de vergüenza que infunde á otros el duro yugo de la ordenanza.

Lanzaba ternos y azotaba sin piedad á los soldados, y se conmovía profundamente delante de sus jefes hasta el grado de arrodillarse y derramar lágrimas de.... ternura.

Veía por sobre el hombro y con olímpico desdén á los “paisanos” que tenían la desgracia de no llevar los arreos militares; “escupía por el colmillo” y requebraba á todas las mujeres de la manera más estúpida posible.

Con su buen juicio natural, Bobadilla había formado un concepto exacto del señor cura y del teniente Mondragón, apenas los hubo tratado,; y desde luego comprendió que el primero habría sido más útil á su país manejando el arado ó el tirapié del zapatero que desempeñando la delicadísima misión de cura de almas, y que el segundo estaba en la escuela enteramente fuera de su lugar. En esta oponión, Bobadilla discrepaba por completo de la de los demás vecinos. Para ellos aquel cura no tenía igual: primero porque era nativo del pueblo, y segundo porque vestía sotana y esta arguye sabiduría. En cuanto al maestro de escuela, aunque tenía el defecto de ser “frastero,” hablaba en cambio tanto y con tal desgaire, especialmente cuando estaba iluminadillo por el alcohol; alababa tanto al pueblo y sus gentes, que forzosamente tenía que ser un sabio.

Como Pasalagua y Miravete, el maestro de escuela y el cura no podían ver á D. Jacinto.

El cura tenía varias razones para ello. En primer lugar Bobadilla jamás se había confesado con él: en se-

guída muy pocas veces lo veía en la iglesia, y, sobre todo, nunca se quitó el sombrero ni le besó la mano al saludarlo, cosa que lo ponía rojo de cólera,

El maestro de escuela no tenía razones directas; pero además de que se sentía humillado delante de aquel hombre único en el pueblo que no cría en sus profundos conocimientos, había ya notado lo mal que Bobadilla estaba con Miravete, Pasalagua y el cura, y esto le bastaba para declararse su enemigo.

De este nubarrón de odios y malas pasiones, debía surgir el rayo que anonadaría al infeliz D. Jacinto.

La tempestad caía ya sobre su cabeza, y no era necesario más que una oportunidad para que se desencadenara con todo su fuerza. Esta no tardó en presentarse.

Los negocios de Bobadilla empezaban á ir mal: su comercio andaba poco, por la competencia sin límites que Pasalagua y Miravete le hacían.

En las labores del rancho había sufrido grandes pérdidas por habersele malogrado la cosecha, debido á la falta total de lluvias y más que todo porque los mozos que con él trabajaban, le habían dejado tirado el trabajo tan luego como le debían alguna suma que les suministraba en calidad de anticipo.

Cuando estrechaba á alguno demandándole ante el alcalde, éste imponía al deudor una detención de algunas horas en la cárcel, de donde salía amenazando “machetear” á D. Jacinto como único pago de su deuda.

A estas desazones vinieron bien pronto á añadirse

otras. Habiendo el señor cura perdido á la baraja, apostando con Miravete, unos cien pesos y no teniendo con que cubrir aquella deuda de “honor,” solicitó esta suma de Bobadilla, que no pudo ó no quiso prestársela, lo que disgustó profundamente al Padre, y aunque siguiendo una feliz idea del teniente Mondragón, recolectó esa cantidad ofreciendo á las beatas del pueblo decirles veinticinco misas de desagravio que deberían sacar otras tantas ánimas del purgatorio, á razón de cuatro pesos misa, ó lo que es lo mismo, cuatrocientos centavos por ánima; aunque así pudo pagar su deuda de honor, esto no obstó para que el desairado Padre guardara á Bobadilla un gran resentimiento.

Poco después se llegó el día en que debían ser examinados los alumnos del teniente Mondragón, y D. Jacinto Roque fué nombrado para examinarlos. En cumplimiento de su deber les hizo algunas preguntas sobre rudimentos de aritmética, gramática, geografía, etc., pero vió, con profunda pena, que aquellos niños y jóvenes nada sabían porque nada les habían enseñado.

Para no deslucir enteramente el acto, se dirigió al chico que le pareció más experto y le hizo una pregunta que, á su juicio, no podía dejar de responder, y fué ésta:

—¿Cuál es la capital del Perú?

—La Habana,—respondió el chico con viveza.

—¿En qué geografía ha visto vd, eso?—dijo D. Jacinto.

—El maestro nos lo ha dicho,—replicó el alumno,

—Pues no es así,—observó D. Jacinto Roque;—la capital del Perú es Lima.

—¡Alto ahí!—gritó el teniente Mondragón levantándose y dando un furioso puñetazo sobre la mesa. ¡Alto ahí, Sr. Bobadilla! ¡A mí no se me desmiente así como así! La Habana es, ha sido y será la capital de su tierra de vd. Así lo he leído en una novela de Perez Escrich. ¡Atrévase vd. á desmentir al Sr. Perez Escrich!! —Vd. y el Sr. Perez Escrich están equivocados,—dijo D. Jacinto retirándose.

Los concurrentes se indignaron de que un extranjero se hubiese atrevido á desmentir al preceptor del pueblo, así como se admiraron de que fuera tanta su ignorancia que no supiera ni aún el nombre de la capital de su país,

El maestro de escuela juró venganza, y esa misma noche fué á visitar á la Sra. Angela Aguado, la católica más ferviente del pueblo y la que siempre hacía cabeza en procesiones, triduos y viacrucis.

—D^a Angelita,—dijo el teniente luego que la vió,—muy malas noticias le traigo: ¡tenemos en el pueblo un masón!

—¡Un masón!!—respondieron en coro y consternadas otras muchas viejas que visitaban á la Sra. Aguado,

—Sí señoras; un masón, un protestante, tanto más peligroso cuanto que es extranjero;—añadió el teniente contentísimo del éxito de sus palabras,

—¡El maldito peruano!—dijo una.

—¡Extranjero había de ser!—añadió otra,

—Y pensar que estos malditos extranjeros vienen á comerse nuestro pan!—exclamaron todas.

—Veamos,—dijo la Aguado colocándose luego á la cabeza de la conspiración,—es necesario que ese hereje de Bobadilla se largue de aquí. ¡Un masón entre nosotros acarrearía mil desgracias al pueblo!

—¡Qué lo excomulgue públicamente el señor cura!

—Pero antes es necesario bañarlo,—dijo el teniente Mondragón.

—¡Felisísima idea!!—gritaron las viejas.

La Sra. Aguado y Mondragón salieron á esparcir la alarma por el pueblo. Bien pronto se reunió un número considerable de fanáticos y fueron á sacar de su casa á D. Jacinto Roque, que sin desconfianza dormía el sueño del justo.

El cura, Pasalagua y Miravete, capitaneaban el motín, olvidando en aquellos momentos sus rencillas domésticas, para luchar contra el enemigo extranjero.

La desnuda humanidad del Sr. Bobadilla fué conducida en triunfo á uno de los charcos más grandes del pueblo y lanzada como pelota en él. A la primera vez, fué á hundirse hasta el fondo, apareciendo á poco á flor de agua, con la cabeza cubierta de lodo. Tentó á salir por algún lado, pero allí lo esperaban los hospitalarios vecinos, que á los gritos de ¡muera el masón! ¡fuera el hereje! ¡al diablo el extranjero! lo volvían á zabullir sin piedad.

Cansado y ya próximo á sucumbir, se quedó algunos

momentos á flote en medio del charco, y sus verdugos, suponiéndolo ahogado, desaparecieron de allí.

El Sr. Bobadilla aprovechó esta circunstancia, y saliendo del baño que contra su gusto había recibido, huyó sin siquiera volver á su casa, á carrera abierta en dirección al puerto más cercano. Llegó á Mazatlán casi sin aliento, tal había sido la carrera; no paró hasta el muelle, donde tomando una canoa se encaminó al primer buque que halló á mano.

El capitán le dijo que iba á China; pero esto no lo desanimó.

—Si va vd. al infierno—dijo Bobadilla—allá lléveme vd.—y cayó sobre cubierta atacado de intensísima fiebre.

En medio del delirio que empezó en alta mar, murmuró estas palabras entrecortadas:

—México.....Mensaje presidencial.....
Ferrocarriles.....Telégrafos.....Minas de
oro y plata.....Balandrano.....Pasalagua
.....Miravete.

El infeliz murió á poco y fué á servir de alimento á los peces.



LA BATALLA DE TABALAOPA.

(A la memoria de Eugenio S. Cintrón).

I.

LA mano tiembla, y el corazón conmovido late al evocar el amarguísimo recuerdo de tu trágico fin ¡oh leal y caro amigo!

En más felices días y en muy lejanas tierras, el destino nos encadenó con los estrechos lazos de la amistad y del sentimiento.

Después, el ciego acaso nos separó, como separa y destroza el huracán las hojas de los árboles.....

Tú caíste, la frente ensangrentada, en medio de la horrible lucha, cuando el porvenir te habría sus do-